



**EL QUE RESISTE GANA**

Alejandro Khan

---

# **EL QUE RESISTE GANA**

---

**ALEJANDRO KHAN**

Copyright © 2025 por Alejandro Khan

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en los casos permitidos por la legislación española sobre derechos de autor.

Para solicitar permiso, póngase en contacto con [ak@alejandrokhan.com](mailto:ak@alejandrokhan.com)

La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas vivas o fallecidas, lugares, edificios y productos reales.

---

# CONTENTS

---

1. Calíope no viene	1
2. El Ateneo	5
3. La valentía	9
4. El espinar	13
5. La sinceridad	18

---

# 1. CALÍOPE NO VIENE

---

—Yo creo que no valgo.

La frase se repetía en mi cabeza una y otra vez, y por mucho que intentara pensar en otra cosa, no podía evitarlo. Me levantaba ya cansado, en parte por la frustración, de no conseguir escribir algo que me enamorara y en parte por la cantidad de horas que me pasaba sentado a lo largo del día. Luego, claro, no podía dormir.

Mi pequeña buhardilla olía al humo y sardinas de los vecinos de abajo. Habían celebrado que su hijo había aprobado la selectividad en septiembre haciendo una barbacoa en la terraza. Me olí la camiseta y aunque no quería tener que lavar, apestaba. Me la tuve que quitar.

Miré con un sentimiento mezcla de amor y odio a la Olivetti que me regaló mi madre cuando le conté que quería ser escritor, unos cuantos años atrás. Hacía tiempo que los ordenadores personales causaban furor, pero esas pantallas verde fósforo, no me gustaban nada, prefería la máquina de escribir. Mi madre, en un alarde de originalidad, había puesto una pegatina con mi nombre “Gonzalo” en el lateral, no sé muy bien para qué.

Ya había cumplido los 25 y ni siquiera rellenaba una talla M. Hacía un mes que tenía que haber ido al peluquero. Los rizos castaños ya empezaban a taparme los ojos recordándome al prota de la peli *Cariño, estoy hecho un perro*. El pelo me crece como la mala hierba, pero revuelto, y me da un aspecto con el que por alguna razón de escaso fundamento la gente identificaba a los artistas bohemios. Eso sí, a las chicas les gustaban mis ojos. Dicen que tengo ojos de perrito triste, pero lo bueno es que ya sea por los ojos o por el perrito, despertaba el instinto maternal de casi todas. Ya me había llevado a la cama más de una de aquellas mamás sin niño.

Como todas las mañanas y las tardes y muchas noches, me senté delante de la máquina de escribir con el montón de folios a la derecha. A la izquierda la taza de té que cambiaba durante

el día: negro por la mañana, de dragón rojo a media mañana y verde con menta por la tarde.

Bebía más que comía y comía siempre mal. Pinchos y bocadillos en los bares y en casa como mucho, sopas de sobre y latas varias.

Con los dedos colocados sobre las teclas, como si fuera un pianista, estaba listo para que empezaran a fluir las notas, pero siempre se retrasaban o simplemente no venían y empezaba a desesperarme. Ya ni siquiera me molestaba en colocar los dedos sobre las teclas, sino que me limitaba a esperar. No tenía muy claro si todavía tenía la vana de esperanza de que alguna de aquellas legendarias musas, en especial Calíope, me visitara y empezara a dictarme al oído una obra maestra. Se ve que estaban ocupadas.

La papelerera debajo de la mesa, llena de comienzos que luego me parecieron ridículos, ya estaba casi llena. Por un momento se me ocurrió la peregrina idea de prender fuego a la papelerera en vez de vaciarla en una bolsa de basura, porque se me había olvidado comprar bolsas en el súper. Pero tuve un fogonazo de cordura y me di cuenta de mi estupidez. Encontré una bolsa de supermercado y conseguí meter todos los papeles arrugados a presión y la dejé en la puerta de entrada para poder bajarla al

contenedor de la esquina, cuando ya estuviera aburrido de mirar a la Olivetti y fuera a airearme.

—Yo creo que no valgo —me repetía entonces en voz alta.  
—Lo más probable es que mi sueño de ser escritor, no llegue nunca a ser más que eso, un sueño.

Odiándome a mí mismo por rendirme tan pronto, intenté desviar mi atención hacia el suceso del día: iba a venir al Ateneo de Madrid, ni más ni menos que Camilo José Cela. Me encantaban sus libros y la forma de escribir y de describir la vida que tenía en sus obras.

Tras la ducha con agua casi fría, porque la bombona se estaba acabando, me puse la única camisa limpia que me quedaba y los vaqueros. Fui hacia el Ateneo a paso vivo, dejando atrás los olores de la calle, del café recién hecho, y el bullicio de la gente de Madrid.

---

## 2. EL ATENEO

---

Al entrar en la sala de conferencias estaba nervioso y notaba el corazón acelerado por la emoción de poder escuchar en unos minutos a alguien a quien admiraba y que en el fondo envidiaba, porque sabía que nunca podría llegar a ser como él. La mesa estaba dispuesta en el escenario para recibir a los conferenciantes. El letrero de don Camilo estaba en el centro.

La pregunta siempre era la misma. ¿Por qué no podían ser todos los días, como los demasiado escasos, en los que por algún capricho de las musas o por alguna razón desconocida, las palabras me salían como un torrente y era capaz de captar la esencia de la realidad de la vida en mis páginas? Eran esos pequeños momentos, tan contados, los que mantenían mi

ensoñación de conseguir conectar con los lectores algún día con una obra maestra.

Cuando don Camilo empezó a hablar un poco más tarde yo me embebía de sus palabras. Él era mi maestro, el escritor que había despertado en mí la fiebre por la escritura, el modelo que siempre quise seguir.

Al terminar la conferencia, casi todos los demás asistentes empezaron a marcharse, pero yo, en vez de unirme a los grupillos que se formaron para discutir los temas que se habían escuchado, me quedé quieto en mi sitio esperando la oportunidad de poder acercarme a Cela. Cuando vi que iba hacia una sala lateral, aumentando mis pulsaciones y con un pellizco en el estómago, me dirigí hacia allí. Al entrar, vi que estaba firmando ejemplares. Me puse en cola y a punto estuve de salirme, pero me mantuve. Cuando por fin llegué a estar frente a don Camilo, las palabras parecían negarse a salir de mi boca y tenía la garganta seca. El maestro se dio cuenta y, con una seriedad que ocultaba un atisbo de sonrisa, quiso ayudarme.

—Y usted, joven, —dijo con su típica voz grave y profunda —me imagino que es un aspirante a escritor, ¿no?

—Sí don Camilo. Me llamo Gonzalo y sus libros siempre me han inspirado y hecho pensar que algún día podría llegar a escribir algo digno de ser leído.

—No es que yo lo diga, joven, pero la inspiración es sólo un 5 % del proceso creativo. El otro 95 % es sudor y frustración. ¿Tienes algo escrito que pueda hojear?

Sentí cómo se me encogía todavía más el estómago. Sabía que no había escrito nada digno de que lo leyera Cela, pero saqué un viejo cuaderno y se lo pasé. Él lo abrió y leyó durante unos 30 segundos.

—Gonzalo, no escribes mal. De hecho, creo que escribes bien, pero te preocupan demasiado las palabras bonitas y de gran significado y a estas alturas deberías saber que la literatura es mucho más que estética. La literatura que a todos nos gusta es la que nos presenta la verdad tal y como es, sin adornos. Para ser un buen escritor debes estar dispuesto a ser sincero en cada página, desnudando tu alma ante el lector.

Cela me dio una palmada en el hombro, mientras decía:

—Debes seguir escribiendo, Gonzalo, pero recuerda siempre que la belleza de la literatura está en la honestidad. Lo que piensen los demás no tiene tanta importancia. Escribe para

ti. Vete y vive un poco. De la vida sacarás material más que suficiente para escribir sobre la realidad.

Pensándolo después, no recordaba cómo había llegado hasta mi buhardilla, pero las palabras que el maestro me había dicho, habían estado resonando en mi mente hasta que me senté de nuevo delante de la Olivetti.

---

## 3. LA VALENTÍA

---

Empecé a escribir. Las palabras venían solas, aunque no eran tan llamativas y bonitas como las que usaba habitualmente. Eran palabras normales, espontáneas, crudas, que mostraban la realidad de mi miedo y mis dudas. Empecé a reflejar el desorden de mis pensamientos, recordando mis sensaciones, sin una estructura narrativa ordenada. Escribí sobre mi niñez, mis contadas pequeñas victorias y mis abundantes derrotas. Escribí sobre la obsesión que se materializaba en esa frase, “Yo creo que no valgo”, que como un mantra me martilleaba. Estaba claro que no era más que el miedo a no ser lo bueno que creía que era o que necesitaba que la gente me reconociera que era. El miedo a ser juzgado.

Cada palabra que escribía era de rebeldía contra mi propio sentimiento de inferioridad, y a la vez la sentía como una liberación, que cada vez iba alejando de mí el miedo y la ansiedad que siempre me habían embargado.

Cuando agotado me di cuenta de que entraba luz por el ventanuco de la buhardilla, miré el reloj. Había estado escribiendo toda la noche y el cielo de Madrid ya estaba clareando. Estaba agotado, pero me encontraba mejor de lo que me había encontrado desde hacía mucho tiempo. Me tiré sobre la cama y me dormí sonriendo.

A las cuatro o cinco horas, cuando ya era casi mediodía, me levanté lleno de energía. Ni siquiera repasé lo que había escrito durante la noche. Me hice un café y lo eché en uno de esos vasos de plástico con tapa tan americanos, y tras lavarme la cara como un gato y saludar al espejo, bajé al Retiro y me senté en un banco. Estaba completamente absorto en mis pensamientos cuando oí:

—¡Gonzalo! ¿Pero qué haces por aquí a estas horas?

Un poco despistado, levanté la cabeza. Era Teresa, una compañera de facultad. Era una tía estupenda, que transmitía optimismo y buen rollo. Me levanté, le di un par de besos y me volví a sentar, invitándola a que lo hiciera mi lado. No pude evitar la sonrisa de oreja a oreja cuando le dije:

—¡Ayer estuve hablando con Cela!

—¡Es verdad, que venía al Ateneo! Pero bueno, entonces estarás encantado, ¿y qué te dijo?

Dudé unos instantes antes de contestar.

—Que escribiera llamando a las cosas por su nombre, con valentía y desde la sinceridad. —Dudé de nuevo durante un par de segundos —pero no sé si yo tengo ese tipo de valentía o si sabré hacerlo.

Teresa me miró con esa sonrisa de Mona Lisa, que era tan difícil de interpretar, y me dijo, mientras me cogía de una mano:

—Gonzalo, la valentía no es ni mucho menos no tener miedo. La valentía es la capacidad de seguir adelante a pesar de tener miedo. Por eso te lo dijo Cela, porque vio algo en ti, vio que tienes talento y lo único que le falta es que tú creas en ti mismo.

Teresa se marchó y me dejó pensando en sus palabras.

Empecé a oír una musiquilla que me gustó, era un vals de Shostakovich. Disfruté de ella durante unos segundos hasta que me di cuenta de que era mi móvil. Me lo habían regalado por mi cumple. Me extrañó que me llamara alguien tan temprano.

—¿Gonzalo?

Reconocí la voz al momento.

—Sí, soy yo. ¿Cómo tiene mi teléfono?

—Te dejaste tu cuaderno encima de la mesa de firmas. Aproveché para leer un poco más de tu escritura mientras me llevaba el chófer a Guadalajara. Me gustaría invitarte a mi casa este fin de semana. Quiero ayudarte a que despegues.

¿Camilo José Cela me estaba invitando a su casa? Sentí un cúmulo de sensaciones en aquel momento, que me aturullaron, pero por supuesto acepté.

---

## 4. EL ESPINAR

---

Tuve que coger un tren para poder llegar hasta Guadalajara, donde don Camilo vivía con su esposa en una finca espectacular que se llamaba “El Espinar”.

Recorrí en taxi los diez o doce kilómetros desde Guadalajara a la finca, y cuando llegué me recibió Cela personalmente en la puerta, ofreciéndome su mano.

—Bienvenido, Gonzalo. Mi mujer está fuera, así que tenemos la casa para nosotros solos.

Nada más entrar pasamos a su cueva, como él la llamaba. Su biblioteca, en la que cada centímetro de sus paredes estaba atestado con libros.

—Cuando estoy en casa, aquí es donde pasó la mayor parte de mi tiempo —dijo recorriendo con una mano las interminables estanterías para terminar señalando su escritorio en una de las esquinas. —Cada libro es una historia y yo lo veo como una oportunidad para aprender y disfrutar de mil vidas que probablemente uno nunca podrá vivir.

Aquella tarde salimos a dar un paseo por el campo. Al principio anduvimos en silencio como si estuviéramos los dos pensando en que decir. Aunque la naturaleza ya lo decía todo: pájaros revoloteando y trinando antes de buscar una rama donde dormir, viento susurrando lo que podían ser historias tristes, y las hojas crujiendo bajo nuestros pies.

—Gonzalo tienes que aprender a observar. Para poder escribir es fundamental observar. Si te fijas, la vida está llena de historias, y para poder abrir nuevos caminos no tienes más que tener los ojos de escritor bien abiertos y prestar atención.

Mientras paseábamos nos cruzamos con unos cuantos personajes curiosos: un pastor enjuto con nariz aguileña llevando un rebaño de cabras dispuestas a comerse cualquier cosa que encontraran en su camino. También vimos a lo lejos, en la falda de un pequeño cerro, a una mujer mayor agachada.

—Está recogiendo manzanilla —me dijo Cela. —pero imagínate por un momento la dureza de la vida que esa mujer habrá conocido. Nada que ver con nuestras blandengues vidas. Seguro que ha vivido situaciones que no podemos ni imaginarnos.

También vimos un par de niños intentando alcanzar a un perro, que llevaba una muñeca en la boca y que no parecía dispuesto a que le quitaran su juguete.

Estaba claro que detrás de cada uno de aquellos personajes había una posible historia. Solo había que escribirla.

La cena fue estupenda, platillos caseros gallegos, pero todo de gran calidad. Mientras tomábamos café junto a la chimenea que, aunque no hacía demasiado frío, habían encendido, Cela me dijo:

—Gonzalo, te propongo un desafío. Que escribas en las próximas 24 horas un relato inspirado en lo que has observado hoy. Debes intentar plasmar la esencia de lo que has experimentado. Pero que sea solo la verdad como la has visto o como te imaginas que es. No escribas para nadie. Escribe para que te guste a ti.

Superando el miedo inicial que sentía, acepté el reto.

Me acomodé en una habitación no muy grande, que tenía un buen escritorio con una máquina parecida a la mía. Impaciente, empecé a escribir retratando las escenas que habíamos vivido el día anterior, pero según avanzaba, el flujo de palabras se iba frenando. Empecé a agobiarme pensando en que no iba a estar a la altura de lo que el maestro esperaba de mí.

Una de las veces que pasó por la puerta, al verme mirando por la ventana, entró y me preguntó, con una media sonrisa:

—¿Bloqueo del escritor?

—No, estoy retratando los hechos, pero no la esencia de los hechos.

—No se trata de encontrar las palabras correctas, sino que tienes que sentir las. No las fuerces, déjalas que fluyan. Piensa en lo que te impresionó, de lo que viste, o en lo que imaginaste por lo que viste.

—Pero es que el argumento es un poco limitado...

— Ningún tema es limitado si la historia es verdadera, si la prosa es limpia y sincera y si demuestra que puede contener valores escondidos que puedan surgir bajo presión.

Dejé de concentrarme en conseguir las frases de estructura perfecta, y el respeto a los cánones tradicionales que tanto había oído a mis profesores y empecé a escribir según el sentir de mi

corazón. Las palabras ahora fluían y eran sinceras, pero no eran bonitas, eran crudas.

Agotado tras todo el día escribiendo me fui a la cama sin cenar y al día siguiente por la mañana me levanté temprano. Cela ya estaba en el comedor tomando un café. Le pasé el manuscrito y mientras leía en silencio, me puse un café. No pude sentarme. Estaba nervioso esperando su veredicto. Por fin dijo:

—Buen trabajo Gonzalo. Tu escritura es real y eso es lo más importante. Recuerda siempre que sería muy fácil si pudiéramos escribir sin esfuerzo. Lo que tiene valor es el escritor que sigue adelante a pesar de todas las dificultades que pueden ir surgiendo. La escritura es un viaje largo de constante aprendizaje y crecimiento.

Cuando volví aquella noche en tren a Madrid me di cuenta de que había aprendido más en aquellas 24 horas con Cela que en todos los años que había estado en la facultad. Estaba claro que tenía todavía un camino largo por recorrer, pero era la primera vez que pensaba o al menos sentía que podría llegar a ser el escritor que siempre había soñado ser.

---

## 5. LA SINCERIDAD

---

Cuando llegué a mi buhardilla, no tenía sueño y me puse a escribir. Los folios se llenaban rápidamente, los personajes cobraban vida, se convertían en multidimensionales. Nada que ver con aquellos personajes que solía crear que tenían la credibilidad de un papel de fumar. Los diálogos fluían de forma natural, impregnados de ese realismo y de aquella honestidad que Cela me había dicho que necesitaba mi escritura.

Empecé a escribir en la cafetería cerca de mi casa a las horas que solía estar vacía todas las mañanas y una de esas, mientras Jacinto me acababa de traer un café con leche, recibí el aviso de un correo electrónico. Cuando lo abrí vi que era de una de

las revistas literarias más importantes de Madrid, a la que había enviado un relato. Con el corazón acelerado lo leí.

—¡Lo han aceptado! Grité, poniéndome de pie y levantando el puño en señal de victoria. Menos mal que en la cafetería no había nadie, aparte de Jacinto, que me miró de reojo, moviendo la cabeza de lado a lado. Aquel momento fue mi epifanía como escritor.

Durante las semanas siguientes, no paré de escribir. Después de que la primera revista publicó mi relato, empecé a presentarlos a otras revistas y a algunos premios. Para mi sorpresa, me aceptaron casi la mitad y gané un premio con uno de los relatos. Empecé a recibir mis primeros comentarios positivos en redes sociales y aunque todavía recibía críticas, me pareció que el camino que estaba atisbándose delante de mí, era el camino que quería recorrer.

Años después, cuando ya tenía una pequeña trayectoria literaria y me había convertido en escritor de verdad, me encontraba dando una conferencia sobre mi último libro en el ateneo de Madrid con la sala llena. Después de hablar de cómo se había gestado mi novela y los distintos estadios por los que había pasado su creación, se abrió el turno de preguntas. Un joven

con el pelo castaño, rizado y revuelto, que me trajo recuerdos de tiempos pasados, me preguntó:

—Gonzalo, ¿puedes decirnos quién crees que ha sido tu mayor influencia literaria o la persona que más ha influido en ti para convertirte en escritor?

Sonreí antes de coger aire para contestar, porque era una pregunta que sabía que me iban a hacer y la traía medianamente preparada.

—Camilo José Cela. No tengo ninguna duda de que fue él quien me convirtió en escritor. Tuvo la amabilidad de invitarme a pasar un fin de semana en su casa en Guadalajara, justo un año antes de que le dieran el Premio Nobel. En un paseo por el campo cercano a su casa, viendo gente normal y sencilla, me explicó la importancia de la sinceridad a la hora de escribir, y de olvidarnos de las estructuras rígidas y preconcebidas. Lo importante es intentar escribir desde el corazón, con el menor ornato posible, simplemente retratando la verdad, aunque sea cruda. Ese es el mejor pasaporte, según decía el maestro Cela, para escribir algo que cautive al lector.

La sala se quedó en silencio durante unos segundos, pero una chica pelirroja con pecas que estaba sentada en la primera fila levantó la mano.

—Don Gonzalo, ¿alguna vez se ha planteado rendirle un homenaje a don Camilo? Algo que vaya más allá de las palabras.

Tardé un momento en contestar.

—Sí, de hecho, sí. Hace ya un año, la esposa de don Camilo encontró un viejo manuscrito que no se había llegado a publicar. Era una novela sin terminar, una obra que Cela había dejado a medias.

Después de conversaciones con su viuda y su editor, me autorizaron a terminarla con la condición expresa de hacerlo, siguiendo de forma estricta su estilo y sinceridad a la hora de escribir. Ha sido un trabajo maravilloso, exigente y duro, pero finalmente, con la ayuda del editor de Cela, conseguí terminarla.

En ese momento la sala estalló en un aplauso espontáneo. Cuando cesó, continué.

—El manuscrito que está ahora mismo en proceso de corrección será publicado el mes que viene y tanto la viuda de Cela, como el editor han renunciado generosamente a las regalías que se puedan generar con la novela y están de acuerdo en que todas las ganancias vayan destinadas a una fundación que se dedicará a apoyar y tutorizar a escritores noveles. Esa ha sido mi forma de rendirle homenaje al gran maestro. El mayor

éxito que puede tener un escritor generoso es el de inspirar a los escritores noveles a perseguir sus sueños.

Fin